

## Gusano

por Vijaldoso

*Sin pasear estaría muerto.*

Robert Walser

El señor Restituto terminó de comprenderlo conforme sus huesos se iban quebrando, alguna de sus vísceras reventando, y su sangre alcanzando lugares de su cuerpo que nunca hubieran debido alcanzar. Después ya vinieron el frío, lamentos, una jueza de guardia, una autopsia, y un bonito cadáver *tanatomaquillado* de un hombre de mediana edad.

Al Gusano no le gustan los individuos como el señor Restituto. Me refiero a los miembros de la Orden de los Paseantes. Son pocos y molestos, como mosquitos zumbones de medianoche o como hebras de carne entre premolares.

El señor Restituto paseaba mucho, no para adelgazar, no para tonificar músculo, sino para tratar de comprender la vida. Y había paseado mucho de manera anticipada, cuando aún no correspondía, sin aguardar una jubilación de valla de obra y puerta de mercado de abastos. Y ese atrevimiento se paga caro en un mundo donde la multitarea rápida y eficaz del proletario sano se exige.

Visitó Nueva York, recién ingresado en la adultez, porque se había enamorado de Phoebe, la protagonista de Friends, y ya se lo advirtieron mediante *fuckyous* y *motherfuckers*. Iba caminando por la acera, admirando el Flatiron o el Chrysler, y recibía los empujones de desprecio de los neoyorquinos. Incluso lo empujaron en el borde de un

paso de peatones porque cruzar sin esperar el turno es una bonita costumbre local. Faltó poco para ser engullido por un Lincoln negro que se alejó por la Cuarenta y Ocho lamentando la ocasión perdida de probar carne humana. Entonces el señor Restituto pensó en eso de la Gran Manzana, en eso del paradigma del mundo moderno, y en eso del *nudo de civilizaciones*. Esa misma tarde se convenció en un *deli* de que aquello no era para él y que posiblemente el rollo Friends era un poquito mentiroso, una farsa deliciosa para jovenzuelos soñadores. Pensó todo eso mientras pagaba un sándwich de pastrami a un cubano cuyo jefe no permitía hablar español con los clientes.

El señor Restituto estaba seguro de que la vida se presentaba más interesante a una velocidad máxima de cinco kilómetros por hora. Manos en los bolsillos, zancada contenida y corazón manso. A esa velocidad la barba y las uñas tardan más en crecer. Evitó siempre, por tanto, comportarse como todos nosotros, y a veces se le escapaban gestos que los demás calificábamos de arrogantes e insoportables —inclinarse con tranquilidad para subirse los calcetines, leer sin necesidad todos los anuncios de venta del escaparate de una inmobiliaria o recoger la página suelta de un periódico del suelo para depositarla en una papelera— que terminaban en el saco sin fondo del Gusano para fermentar y ser servido en un futuro en el momento adecuado.

Lo suyo resultó una lucha titánica. Sacrificó cosas como formar una familia o adquirir lo que se denomina prestigio social, porque eso suponía amoldarse al ritmo del pelotón; sacrificó coche, adosado y perrito que le ladrara; sacrificó palmaditas en la espalda en algún despacho, y probablemente alguna reseña en la prensa local. Experimentó en su vida algunos escauceos que estuvieron a punto de consumarse, pero, en un caso, ella le exigió una boda de postín con fuentes de chocolate más quince días en la Polinesia, y, en otro, le propusieron disponibilidad laboral 24/7 con acceso a seguro dental.

No le importó jamás hacer equilibrios en el alambre; los demás zarandeábamos con saña los extremos y allí continuaba él, con los brazos en cruz, como un Cristo orgulloso que

espera la muerte, procurando no hacer caso a las fauces de los cocodrilos que más abajo solicitaban su almuerzo.

Yo mismo pensé en asesinar socialmente al señor Restituto en alguna ocasión; pero yo era un ignorante, nada sabía. Pero sí, lo pensé, saboreé la satisfacción de enviar a un ser humano al ostracismo de la marginalidad, hasta elaboré un plan con mentiras crueles que a buen seguro hubiera funcionado, porque el señor Restituto se convirtió en un espejo que reflejaba una imagen que revolvió mi estómago. Ahora es cuando me doy cuenta de que era yo el que producía asco.

Por otro lado, el señor Restituto encontraba fascinantes las alturas. En su día ya regresó de Nueva York con una fuerte contractura en el cuello que hubo de ser tratada. La lentitud es óptima para su disfrute, y, aunque nunca lo confesó por esa modestia natural que emanaba, se sentía un tipo con una posición un poco más elevada que el resto porque no sólo conocía el plano frontal y el plano inferior de nuestra existencia, además había descubierto el plano superior de las ciudades, ese que la mayoría desconoce, más pendiente de hallar una buena plaza de aparcamiento o de llegar a tiempo a la cita con el director del banco.

Allá arriba, pensaba el señor Restituto, hay una cadencia más confortable, como si lo marcara el sonido de un saxofón que se desliza por la nube de humo de un club de jazz o el del choque de unos cubitos de hielo en el giro suave de una copa. A varios metros encima de las cabezas del pobre ciudadano común la vida es más vida, porque le duele menos el lumbago y no sufre por cuadrar el cierre del mes. Eso pensaba y ese era su leitmotiv.

A saber: campanas que voltean en espadañas, lagartijas que se aparean en las noches de verano, fumadores apoyados en alféizares, pantalones con brisa, macetas que absorben de una regadera, golondrinas que van y viene, adornos de fiestas antiguas, morros de perros que olisquean el aire, vírgenes que lloran en retablos, bombonas de

butano que aguardan su turno, ancianos que observan con una mano retirando la cortina, placas que conmemoran el célebre nacimiento de alguien, niños que esperan en balcones el espectáculo del camión de la basura, placas solares que acumulan energía, la niebla que se desvanece conforme avanza la mañana, farolas que dudan, tomadores de sol en azoteas, parejas que se besan frente a un atardecer, artistas que fotografían amaneceres, veletas que señalan, amantes que hablan a escondidas por el móvil, hierbas que crecen entre tejas, y un sinfín de elementos donde él encontraba sosiego y armonía.

Minutos antes del óbito, cuando el señor Restituto era aún un cuerpo razonable y no solo unos indicios de los que mejor apartar la mirada, se detuvo a contemplar a la joven que se situaba justo debajo del cartel. ENGLISH SCHOOL STAR. Se encontraba rodeada de niños de no más de diez años de edad. Ella debía de ser la profesora y recién había acabado la clase. Los niños brincaban *a la pata coja*, se agarraban de sus bufandas, se gritaban al oído, y echaban un vistazo a la calzada de vez en cuando, a la espera de reconocer sus vehículos. Por el carril más próximo a la acera avanzaba con lentitud una hilera de automóviles. Cada uno cargaba un niño frente a la puerta de la academia. La muchacha los despedía con la mano. Los automóviles tenían activadas las anaranjadas y parpadeantes luces de emergencia. Formaban atasco, tragaban niños. Al final solo quedó en la acera un chico y la profesora. El Gusano ya se había disuelto. Ella indicó algo al chico, entró en la academia y en un par de minutos salió de nuevo al exterior para bajar la persiana de la entrada. Ambos empezaron a caminar sin prisas calle arriba, charlando animadamente, ella con la mano en el hombro de él. Algunas luces de navidad se encendieron. El señor Restituto únicamente alcanzó a escuchar algo así como «me gusta cómo se dice *loro*» y una ristra de risas que caían como piedras por una ladera. El señor Restituto percibió algo de esperanza en el desplazamiento pausado y elegante de aquellos dos cuerpos sobre la faz de la tierra. Eso le complació.

Después, decidió moverse por temor a que lo tomaran por un *voyeur* depravado, un sospechoso de manual, o un insolidario social, inmovilizado en una acera por voluntad propia, derrochando así valioso tiempo y perdiendo producción; leyó «Feliz 2021»; valoró esa combinación de bombillas verdes, rojas, azules y amarillas como una obra algo recargada pero estimulante; y resultó atropellado en el paso de cebra en mitad de un frenazo tardío e inútil.

Nunca fue del agrado del Gusano.

Es probable que llegara a escuchar: «¡No lo vi, no lo vi!»; es probable también que *parrot* fuese su última palabra pensada.

A veces tuvo flaquezas. Se daba cuenta de que ya todo era Nueva York y se acomodaba en una tristeza leve y persistente como el vaho. Llegaba a ser duro notar cómo las ancianas apretaban el monedero bajo las axilas cuando detectaban su velocidad anormal; le provocaban un gran disgusto los «mira por dónde vas, imbécil» de señores con maletines. Pese a todo, felicidades, señor Restituto, le diría si tuviera oportunidad, porque terminó de comprender. Definitivamente él consiguió entender la vida.

Fin.